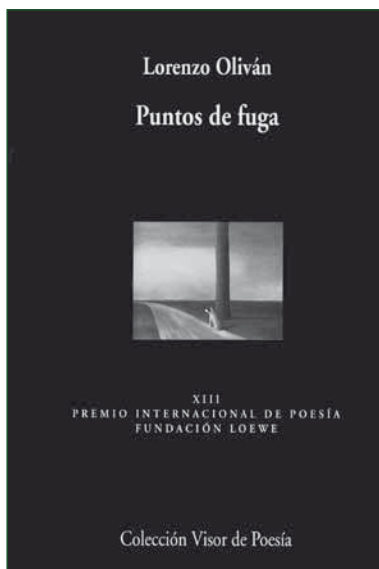


El viaje al fondo (La poesía de Lorenzo Oliván)

La poesía de Lorenzo Oliván es un viaje hacia el fondo. El fondo de lo que somos, de lo que hemos sido aun en la posibilidad. El fondo del fondo. En *Puntos de fuga* (2001), no sé si el mejor de sus libros pero sí el que expone con cálculo de matemática tiniebla todas las conjeturas de su mundo poético, se trazan diversos caminos hacia dentro. Se sugieren puntos de fuga interiores, descensos a los «sótanos de nuestra existencia», prácticas arriesgadas de inmersión. Hay en estos poemas alguien que monta guardia, «oculto en la espesura del pensamiento», para saber «de qué parte / de lo negro infinito vendrá el sueño»; alguien que se asoma a un corazón como a abisal pozo de negrura, una grieta insondable, una falla. Esta insólita espeleología del alma nos recuerda que el abismo había sido una de las imágenes predilectas de la lírica romántica, empleada para enfatizar los conflictos de la escisión que la palabra poética debía salvar entre los mundos de la forma y de la idea. Pero poco después la metáfora resultaría mucho más efectiva cuando trató de aludir a los procesos de ahondamiento en la subjetividad moderna y la magnitud de espacios que esta nos descubre. Oliván no solo toma conciencia de este desafío, sino que convierte el ancestral bosque de símbolos de Baudelaire en otra frondosidad interior, en «el espeso bosque / de los huesos con ramas de venas y tinieblas». La visión analógica semeja una escritura de estratos geológicos, explora las correspondencias que las líneas de una mano o su huella digital evocan respecto a los anillos de los árboles, el registro de las montañas en los mapas, el mineral que aguarda en ocultas vetas. ¿Es eso lo que leemos en poemas como «Manos», «Interior», «El guardián de sí mismo», «La huella», «Casi una poética»? ¿el enigma de un tiempo ignoto, «muy superior al tiempo en el que vives», y que sigue a través de nosotros emitiendo pulsaciones?

Los trazos en la superficie de la mano equivalen a los pasadizos de un laberinto: el de Teseo que camina al encuentro de Asterión, el de nuestra subjetividad. Al término, o en alguno de sus muchos recodos intermedios, aguarda el otro, el extraño, los puntos de fuga del yo, las alteridades como inestabilidad fecunda que multiplican un rostro en la poesía. ¿Es el estupor el precio que pagamos por nuestros asombros cotidianos? Dédalo no necesitó imaginar otros pasos enmarañados que los que convierten la oscuridad doméstica de un pasillo en cueva o guarida rupestre. Así lo entendemos en el poema homónimo que da título al libro *La noche a tientas* (2006): un hombre palpa sombras en la pared de su casa: no discierne tibios signos familiares del vestigio glacial de lejanas constelaciones, lo proyectado no le devuelve un perfil conocido, tan solo el miedo de una otredad remota. Iniciar las sílabas de un poema (también como lector) nos instala en la otredad implícita del laberinto, pero es el laberinto el que nos recorre, del mismo modo que es la escritura quien rescata al sujeto que persigue un hilo verbal: «Ser el rastro constante / de mí que voy dejando en las palabras, / que alguien recorre y borra con su rastro». El título de estos versos, «Palabras para Hamlet», incluido en *Libro de los elementos* (2004), nos recuerda que la conciencia y la literatura convocan por necesidad su propio espectro. Emily Dickinson, contemporánea de Lorenzo Oliván, advirtió que hay pasadizos en el propio cerebro que resultan más aterradores e inquietantes que cualquier mansión encantada. Los fantasmas extraños incomodan menos que el huésped helado con el que tropezamos dentro. Los sondeos lingüísticos o las íntimas devastaciones, eso que denominaríamos los transportes de lo oscuro, se con-

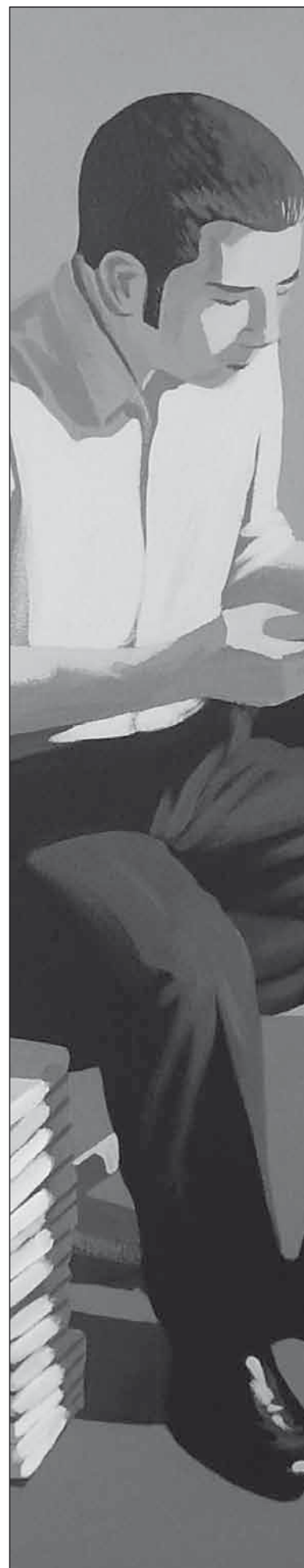


vierten en inquilino habitual que ronda, igual que cuartos vacíos, los poemas de Oliván o Dickinson.

El primer texto de *Puntos de fuga*, su punto de partida, lo escribe el autor en la última página de su libro anterior, *Único norte* (1995). Lo que encontramos allí es el escenario de algunos de esos cuartos vacíos, donde una mirada se detiene imantada por la presencia de los espejos que dan título al poema. Su superficie pálida no es una invitación a reflejarnos sino a adentrarnos. Ahondamiento, indagación y la consecuencia, inevitable, de un extrañamiento; la rutina temeraria o el peligro inadvertido de aceptar aquello que va cambiando «con aliento de hielo nuestros rostros». Pero el riesgo que corremos ante el espejo no es el previsible *Je est un autre*, sino el de una identidad múltiplemente escindida, fracturada en los numerosos fragmentos de su reflejo hecho añicos, pues se trata de artefactos que «se multiplican al morir, rompiéndolos». Oliván también construye textos que resultan artefactos inquietantes, poemas cargados con la munición de su propia poética. Como pudiera sucederle a Borges, ha intuido que el horizonte es un símil de los límites, mientras que el laberinto y los espejos lo son de la profundidad y, por tanto, los otros nombres que damos a la escritura. En el blanco refractante del papel, donde los signos trazan complicadas galerías al discurrir del sueño o la memoria, y el idioma es el rumor de la sangre, el lenguaje va desdoblándose al sujeto. Se trata de una cuestión de ambición literaria. A medida que se reconstruye un yo de naturaleza lingüística, se construye el mundo.

La realidad se nutre de enigmas, no de alegorías. Se resigna a ser interpretada, nunca descifrada ni dicha. En unas notas de poética ha observado el autor: «La poesía me ha enseñado a no dar nada por supuesto, a dudar de las apariencias, a cuestionar lo incuestionable», lo que viene a sugerir que la poesía está para concederle a la realidad el beneficio de la duda. Señala misterios con el dedo, pero no para exponer a la luz de una verdad incontestable que los convierta en tinta invisible, tinta muerta. Si no hay palabras, tal vez haya un estilo, como ha dicho Tranströmer. Y el estilo en Oliván es el vértigo de las asociaciones, el asombro, el ojo sin párpado, los interrogantes. Ante todo un interrogante: ¿sobre qué eje gira el mundo? ¿Sobre la mirada analógica? ¿Alrededor de la caverna del pensamiento? ¿Sobre la imaginación, como apunta el cazador de aforismos? La respuesta, pero nunca la respuesta, la continuación de la pregunta por otros medios, quizás resida en poemas que consisten en algo más que poemas; poemas cuya complejidad y textura responde a lo siguiente: si el mundo está siempre por hacer, haciéndose en todo instante, precisa ser nombrado cada vez, elaborado a nuestra imagen. «Creación», una de las composiciones centrales de *Libro de los elementos*, puede entenderse como el mejor ejemplo de una poética de la circularidad. Lo real, la propia poesía son eso: el aire que respiramos, a través del cual «el mundo entero entra» en nosotros; el mundo urdido en nuestros pulmones, restituido al aire que a su vez otros respiran. Lo figuró de otra manera (la misma) Juan Ramón Jiménez: «Esta selección del mundo que uno se complace en dilatar en su alma».

Añadiré además que aquella propuesta inicial de profundidad debe ser matizada. Todo buen poeta acaba alquilando un sótano con buhardilla. Un texto aún inédito, presente en esta antología, parece atestiguarlo. Su título: «Lo hondo», otra indagación de la base y de la cima: «El alto azul sin nubes qué hondo es / y qué hondos los astros y la noche. / El mar nace en lo hondo, todo río / surge desde lo hondo, ¿y no nos llegan / de lo hondo las lluvias?». Uno recuerda





aquella fórmula feliz que utilizó Octavio Paz para referirse a la *Poesía vertical* de Roberto Juarroz: «Geología del ser y astronomía del espíritu». La visión que al alzar el vuelo arroja su sonda magnética al fondo.

Si *Puntos de fuga* representa, en más de un sentido, una obertura, lo que sigue, *Libro de los elementos* y *La noche a tientas*, constituye algo que pocas veces alcanza en poesía: una confirmación absoluta. La poesía de Lorenzo Oliván indaga una cantera de materiales expresivos y simbólicos que invita a mirar el mundo y la realidad interior como un tejido de significaciones latentes. A ello solemos referirnos como aventura de conocimiento. Ha instalado su laboratorio de imágenes; ha demostrado que la metáfora es esa curva del pensamiento o la imaginación que traza entre dos puntos el camino más breve. La aportación personal de esta obra es también la de la eterna novedad de la tradición, esa música de otros de la que el oído poético se ha servido para ensanchar sus propios caminos individuales: Juan Ramón Jiménez, el 27, ciertos poetas del 50, los poetas visionarios del alto romanticismo inglés. Oliván devuelve lo que ha tomado en préstamo, lo reintegra a su sitio como un lenguaje repleto de alternativas, rehidratado. Es de esos autores que nos persuaden de que en la poesía habitan fragmentos dispersos de una lengua originaria.